

LA LÍNEA VASQUISTA Y LA RECONSTRUCCIÓN DEL PSOE EN EL PAÍS VASCO, 1971-79

Andrea Micciché
Universidad de Enna



Ramón Rubial y Felipe González en el Hotel Ercilla de Bilbao

Un tema como el de la reorganización del socialismo vasco en los años de la Transición se debe afrontar teniendo en cuenta algunos factores fundamentales. Ante todo debe ser destacado el carácter todavía pionero de los estudios sobre el socialismo vasco en época tardo o post

franquista, que resulta todavía más evidente si se compara con la gran cantidad de estudios sobre el nacionalismo vasco. Son muchas las razones que explican este desequilibrio, pero en general, podemos afirmar que la centralidad del nacionalismo en la sociedad vasca ha ali-

mentado varias líneas de investigación, algunas estrechamente entrelazadas a la polémica pública cotidiana, otras capaces de superarla y de garantizar resultados científicos de un rigor metodológico indudable. Quizá también haya influido la «obsesión de los orígenes» de la que nos habla Marc Bloch, alimentada por el peso de un «uso público de la historia»,² que en Euskadi ha asumido, quizás, una relevancia sin comparaciones en Europa. Ciertamente ha influido la persistencia del fenómeno terrorista y un proceso de *nation building*, todavía en acto, hasta el punto de modificar la realidad social, política y cultural en las últimas décadas. En un contexto parecido, la atención por el socialismo, un sujeto político históricamente presente en las provincias vascas, con una presencia arraigada y continua y un peso sobre los hechos políticos vascos de la Transición no indiferente, ha sido residual y unido a una línea de investigación basada sobre el concepto de «pluralismo vasco». Un campo de estudios con protagonistas importantes —como Juan Pablo Fusi, Ricardo Miralles, José Luis De Granja, Antonio Rivera— que han destacado la importancia de las tradiciones políticas «no-nacionalistas» en la historia contemporánea vasca.³ Siguiendo estos ejemplos, en estos últimos años, una nueva generación de investigadores ha desarrollado una serie de investigaciones sobre el socialismo vasco de los años de la posguerra hasta la Transición, reconstruyendo el papel de este dentro del antifranquismo, del movimiento obrero y de la clase política que condujo al proceso de instauración de la democracia y de la autonomía vasca.⁴ Andrea Micciché ha enfocado más la historia política del PSOE-PSE en los años de la reorganización de la democracia y de la elaboración del Estatuto de Autonomía; Raúl López, María Losada y Carlos Carnicero se han centrado en la persistencia y en el desarrollo de una cultura política socialista en los años de la dictadura; Manuela Aroca, en cambio, ha descrito el sindicalismo socialista en esos años, añadiendo contribuciones a los trabajos anteriores.

Los trabajos más recientes se han centrado

en la continuidad de la tradición socialista, en los baluartes históricos, en algunas áreas geográficas, en algunos ámbitos laborales y en algunas redes familiares y relacionales. En este sentido, son un ejemplo personajes como Nicolás Redondo y Patxi López, ambos hijos y nietos de dirigentes importantes del socialismo biscaino. En cambio, Andrea Micciché ha reconstruido los años de la Transición, caracterizados por una marcada mutación organizativa y simbólica del socialismo vasco, que tuvo como protagonista a una nueva generación de dirigentes, empapados de radicalismo y abiertos a contaminaciones pseudo-nacionalistas.

En estos trabajos, continuidad y discontinuidad se trenzan en una fase llena de incógnitas en la que el Partido Socialista Obrero Español buscó un lugar político, un lenguaje propio de una clase política que se impusiera en un cuadro caótico, agravado en aquellas latitudes por la virulencia de la violencia política y de la indisoluble identificación entre democracia y símbolos identitarios vascos. La reorganización del socialismo vasco al final de los años setenta estuvo condicionada por aquellas tensiones, afirmándose finalmente un partido renovado, a nivel de clase dirigente y de símbolos, capaz de reanudar su lazos con sus baluartes tradicionales. Una renovación peculiar, intensamente condicionada por el proceso de nacionalización de la sociedad vasca y cuyos resultados fueron más inciertos que en el resto del país.⁵ En las páginas que siguen reconstruiremos estos hechos concentrándonos en un arco temporal breve que coincide con la afiliación en el PSOE de una generación de nuevos dirigentes —en particular guipuzcoanos (1971-73)—, y que concluye en 1979 con una grave *débâcle* electoral y con el II Congreso del PSE-PSOE; es decir el momento en que se cierra la fase pionera de reorganización del partido y se consolida como articulación autonomista e identitaria de un partido estatal en oposición al nacionalismo.

De la clandestinidad a la renovación del socialismo español

Para reconstruir la historia del socialismo vasco en los años de la clandestinidad tenemos que volver a la herencia de uno de los padres del socialismo, Indalecio Prieto, a dirigentes históricos como Antonio Amat, Nicolás Redondo Urbietta, Juan Iglesias, Eduardo López Albizu y Ramón Rubial, a áreas geográficas —como Bilbao, el gran Bilbao, Eibar, San Sebastián— con alta densidad industrial e inmigrante. También tenemos que referirnos a una organización residual y voluntarista, diezmada por la represión y limitada por las insidias de la clandestinidad, pero que siguió representando la punta de lanza del socialismo español. La figura de Ramón Rubial, uno de los monumentos del socialismo español, fue emblemática en ese sentido: obrero de Erandio, con una vida dedicada a la actividad política, una condena a muerte al final conmutada, numerosos años de cárcel entre 1937 y 1956, una actividad sindical nunca interrumpida, el empeño por mantener viva la llama del socialismo a pesar de los peligros, la prisión y escasos resultados en términos de acción organizativa y sindical.⁶ De igual modo, aunque con modalidades diferentes, Antonio Amat y Nicolás Redondo,⁷ mantuvieron en vida una organización que coincidió en gran parte con el socialismo español, a pesar de las detenciones y la competencia de otras centrales sindicales y políticas: comunistas, católicos, nacionalistas. El vitoriano Amat fue el incansable protagonista de la reorganización del Partido Socialista Obrero Español en la posguerra, en los años más oscuros de la oposición antifranquista, en el que fue golpeada por la represión y fue incapaz de encontrar una colocación política internacional, en un contexto ya muy condicionado por la Guerra Fría. Por otro lado, Redondo se convirtió al final de los años sesenta, en uno de los dirigentes más activos del socialismo español, en línea de continuidad con el prietismo democrático y con el obrerismo tradicional del margen izquierdo del

Nervión. Un activismo que lo puso en contacto con las nuevas generaciones crecidas durante el régimen, empapadas de radicalismo contestatario, como también ocurrió en el resto de Europa, y con un recrudecimiento represivo del régimen que fue consecuencia de la incapacidad del franquismo de confrontarse con la nueva realidad. Durante esta fase compleja para el socialismo, Redondo tuvo una contribución decisiva apoyando el nuevo liderazgo de Felipe González y la obra de renovación encaminada a partir de 1972 y culminada en el Congreso de Suresnes de 1974.

En particular Rubial y Redondo fueron dirigentes carismáticos, inmersos en una realidad densamente industrializada como la *vizcaína*, donde se mantuvo viva una cultura obrerista antigua, transmitida entre familias, o entre compañeros de trabajo o en los bares y que se reavivaba con ocasión de huelgas y manifestaciones. Esto *ocurría* a pesar de la dificultad de competir con otros sujetos del antifranquismo, como las comunistas Comisiones Obreras y los sindicatos católicos, que optaron en esos años por una política «entrista» en el sindicato franquista que les ayudó en su tarea.⁸ Por otra parte en estos años las distinciones entre partido y sindicato, entre PSOE y UGT, fueron de hecho inexistentes, *coincidían* ejecutivas y actividades, sobre todo en algunas empresas emblemáticas como la Naval o los Altos Hornos de Vizcaya.⁹ El socialismo vasco, sobrevivió pues en algunos territorios históricos con fuerte presencia obrera e inmigrante, asumiendo un papel destacado dentro del PSOE, gracias también a la autoridad de algunos de sus exponentes y su proximidad geográfica y cultural con Francia, de donde llegaban periódicos y propaganda para el interior de España. Este papel fue confirmado en el curso de los Congresos de Toulouse (1972) y Suresnes (1974), cuando la dirigencia vasca contribuyó a reconducir la dirección del partido dentro del país y a renovar el liderazgo de un partido en crisis bajo la dirección decenal de Rodolfo Llopi.¹⁰ En la nueva dirección, después

del Congreso de Suresnes, estuvieron presentes hasta 5 vascos –Redondo, Eduardo López Albizu, José María Benegas, Enrique Múgica y Juan Iglesias– y además es un hecho conocido que fue la renuncia de Redondo lo que hizo posible la subida a la secretaría general del joven González. Una circunstancia que dio un impulso sensacional a la nueva imagen del socialismo español.

Sin embargo, la renovación del PSOE conducida por González encontró una legitimación también en una larga herencia de luchas y militancia que veteranos como Rubial, Redondo, López Albizu, e Iglesias representaban. Estos garantizaron un entronque con la historia del socialismo y con un sector importante del movimiento obrero. Una base necesaria para una refundación generacional, del discurso político y de la imagen. Una renovación que además fue consecuencia de la difusión espontánea e incontrolada de siglas socialistas, marxista y radicales en el país y en las regiones, incluido el Partido Comunista Español y el Partido Socialista del Interior de Enrique Tierno Galván, que intentaba destronar el viejo PSOE de su potencial electorado. Una miríada de formaciones semiclandestinas, que en ausencia de canales representativos demócratas se apropiaron un papel político, sobre todo en Cataluña y en el País Vasco, donde los nacionalismos emergieron con gran dinamismo. El PSOE, tuvo que mudar en un cuerpo más moderno y seductor, imitando ejemplos del Norte de Europa y buscando profesionales procedentes del mundo de la comunicación, bajo la dirección de Alfonso Guerra.¹¹ Con la figura joven y seductora de González se trató de imponer una imagen nueva, radical y alternativa a aquella comunista –ligada al recuerdo del pasado con dirigentes como Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri– y a la misma socialdemocracia. Además, se impuso un discurso político basado en la realce del marxismo, en el socialismo autogestionario, en la autodeterminación, en la exaltación de la libertad como fin último de la política.¹² Una identidad nueva, representada por la rosa en el puño, que se dirigió tanto

al propio electorado tradicional, como al menos ideologizado, mezclando radicalismo, democracia, tradición y juventud. Y eso a pesar de una acción política que en aquel contexto no pudo que estar impregnada de pragmatismo. En esta lógica, también las referencias al federalismo, a la autodeterminación, a los derechos de las nacionalidades eran una respuesta a la necesidad de afirmar un sentimiento, difuso en regiones como Cataluña o Euskadi, por el que subsistía una identificación entre la democracia y la reorganización territorial de España en sentido federal. Por otra parte, después de años de rígido centralismo franquista y de represión de identidades diferentes a la española, el discurso político de los nacionalismos locales tuvo una influencia importante sobre todas las oposiciones anti-franquistas, simbolizando la idea misma de la libertad y del cambio democrático.¹³ Este rumbo federalista, fue confirmado en el Congreso de Madrid del 1976 que, además de propugnar para un futuro próximo «la instauración de un República Federal de trabajadores integrada por todos los pueblos del Estado español»,¹⁴ también dio al partido una estructura federal coherente con la nueva imagen que se quiso proyectar en el caótico panorama político de la Transición.

Socialistas en Euskadi en los años setenta

En Euskadi existió un Comité Central Socialista herencia de la Guerra Civil y del Estatuto de Autonomía de 1936, que mantuvo un arraigamiento durante la clandestinidad en las mismas fortalezas históricas: Bilbao, los centros industriales de la provincia vizcaína y luego Eibar e Irún, con alguna presencia también en Vitoria, donde en 1971 un grupo de estudiantes -Pedro Viana, Cristina Valverde y José María Nogales- se puso en contacto con Amat.¹⁵ A partir de los años setenta también en esta región se activó un proceso de renovación que tuvo como protagonista a una nueva clase dirigente joven y en muchos aspectos parecida a la andaluza que

asumió el control del partido a nivel nacional. En este proceso tuvo un papel excepcional Enrique Múgica,¹⁶ verdadero *trait de union* entre el pasado y el presente. Abogado donostiarra, hijo y nieto de exponentes del sindicalismo socialista guipuzcoano, empezó su actividad política en el PCE, participando también en los movimientos estudiantiles de 1956 en Madrid. En 1963, después de algunas detenciones y un encuentro con Amat, se afilió al PSOE, empezando a colaborar con Rubial, Redondo y Carlos Corcuera-este último hijo también de un dirigente socialista-. Creó su oficina de abogado laboralista en Rentería y encaminó una actividad que le permitió ponerse en contacto con una generación de profesionales como Txiki Benegas, futuro secretario del partido, y luego con José Antonio Maturana, Ramón Jauregui, Naranja Aritzondo, Enrique Iparraguirre, Miguel Echaniz, Enrique Casas, que en los primeros años, entre el 1971 y el 1973, engrosaron el partido, teniendo un protagonismo creciente.¹⁷ En un partido firmemente ligado a sus feudos vizcaínos, este núcleo de jóvenes profesionales guipuzcoanos representó una inversión de tendencia epocal. En efecto, fue esta generación, la que encaminó un proceso de renovación ideológica e identitaria del socialismo vasco pareja con la realizada a nivel nacional por el nuevo liderazgo andaluz. Una renovación que tuvo características peculiares con respecto al cuadro nacional, pero que tuvo objetivos y modalidades no disconformes.

En efecto, los abogados guipuzcoanos, pertenecieron a una generación influida por la contestación estudiantil de los años sesenta, por los fermentos que provenían de Francia, y por los nuevos modelos culturales que se difundieron en aquellos años. Pero en las provincias vascas esta realidad asumió formas diferentes del resto del país. Allí, más que en otros lugares, la dureza de una represión cultural y política, acrecentada entre el fin de los años sesenta y el principio de los años setenta como consecuencia del activismo de ETA, favoreció una identificación estrecha entre libertad y símbolos vasquistas. En el

mundo izquierdista, cuestión de clase y nacionalismo se mezclaron, y la defensa de la cultura vasca y de sus símbolos, se convirtieron en un patrimonio indiscutible del antifranquismo local. Además, los numerosos estados de emergencia, hasta 7 entre 1967 y 1975 de los cuales 5 en las provincias vascas,¹⁸ la gestión brutal de las Fuerzas del Orden público, como en Vitoria el 3 de marzo de 1976,¹⁹ hicieron imposible una renovación del socialismo que no tuviera en cuenta este clima exasperado y radicalizado. El franquismo en estos últimos estallidos de violencia logró nacionalizar la sociedad vasca, más de lo que hubiera hecho el nacionalismo vasco en cien años de historia y la proliferación de formaciones de izquierda sensibles a la cuestión vasca, con la omnipresente ikurriña, lo demostraron claramente.²⁰

Según las encuestas de Juan Linz, todavía en 1979, en el medio del proceso de Transición, cuando la violencia de ETA militar empezó a ser estigmatizada claramente por las fuerzas políticas demócratas, los militantes de esta organización eran considerados más o menos positivamente por casi un vasco cada dos.²¹ En los mismos años, el 50% de los entrevistados, según una investigación de Manuel García Ferrando, consideró el gobierno español único responsable de la violencia en Euskadi.²² Por otra parte, también el nacionalismo en aquella década se desarrolló ideológicamente abandonando definitivamente rasgos xenófobos y racistas en nombre de un nacionalismo etno-cultural más inclusivo, abierto a las poblaciones inmigrantes deseosas de aprender el euskera y de soportar de lleno la causa vasca.²³ La «vasquización» de la sociedad fue pues, la consecuencia de una serie de factores concomitantes: consecuencia de las heridas de la Guerra Civil, de las políticas del régimen en aquellas provincias, de la radicalización de una generación, de la misma transformación del nacionalismo en esos años. También fue la consecuencia de una sociedad que recomenzó a movilizarse en organizaciones como las asociaciones de vecinos, verdaderos contenedores de-

mocráticos, embriones de aquellos movimientos que luego serán monopolizados por la izquierda nacionalista. Una sociedad movilizada y protagonista de un proceso de nacionalización, con el que los socialistas tuvieron que enfrentarse. En pasado, el socialismo guipuzcoano había expresado una orientación más permeable a las sugerencias autonomista y vasquista, también por su origen autóctono, pero siempre quedándose en segundo plano con respecto del sector vizcaíno del partido, que además había dado las figuras más carismáticas del socialismo local²⁴. Pero en el panorama político de los años setenta, con esa poderosa radicalización social, la imagen obrerista e inmigrante del socialismo vizcaíno, parecía menos adecuada a un nuevo curso.

La refundación del socialismo vasco tenía que empezar en San Sebastián, donde una militancia renovada, joven, perfectamente inmersa en la realidad social vasca y con medios culturales, profesionales, económicos apropiados podía imponer su liderazgo. Sin embargo, esta emergente dirigencia local, a diferencia de la vizcaína no tenía un pedigrí socialista, no era expresión de los feudos socialistas y tenían escasos lazos con las redes tradicionales del socialismo.²⁵ Eran jóvenes de clase media, universitarios, inmersos en un contexto político y cultural en el que las aspiraciones a la democracia y al socialismo, se entrelazaron con elementos identitarios de origen nacionalista difusos en la sociedad vasca de aquel entonces. En efecto, a la nueva dirigencia guipuzcoana —con Benegas, Maturana, Jáuregui, Casas, etc.— le pareció claro, que en Euskadi la renovación socialista debía pasar por una imagen de partido de clase de ámbito vasco, pero ligado al PSOE, que modificara la imagen de partido «españolista» que, sobre todo en Vizcaya, se había consolidado, a pesar de la tradicional alianza con el PNV del gobierno vasco en el exterior. Se trató de elaborar un nuevo discurso político y de legitimar un nuevo liderazgo, replicando a nivel local y con una forma distinta, la operación que se realizó con los congresos de Suresnes y Madrid.

El nacimiento del PSE-PSOE

Una nueva dirigencia joven y una diferente comprensión de la cuestión nacional, fueron pues las señales más visibles de una reorganización del socialismo vasco que se adecuó a la sociedad radicalizada vasca. La publicación del periódico *Euzkadi Socialista* y las primeras apariciones públicas entre 1976 y 1977, cuando ya el régimen se disolvía y se iba hacia las primeras elecciones democráticas, fueron el preludeo de un cambio de ruta que el congreso celebrado entre el 10-12 de marzo de 1977 llevó a cabo.

El congreso contó con la participación de los delegados procedentes de las 4 provincias vascas, incluida la representación navarra con Gabriel Urralburu y Víctor Manuel Arbeloa como sus ejecutivos más importantes. A pesar de las tensiones latentes en la organización, la «calidad» mayor, en términos de liderazgo, de los componentes guipuzcoanos prevaleció, confirmando una línea radical e innovadora en plena sintonía con la expresada en el congreso del PSOE de diciembre de 1976 desarrollado en Madrid. Ya la elección de la denominación del partido en las provincias vascas fue emblemática para el nuevo curso. La cuestión tuvo cierta relevancia, viendo la existencia de una formación nacionalista de izquierda que ya se definió como Partido Socialista Vasco, ESB en Euskera-Euskal Socialista Biltzarrea, y que se propuso ocupar el espacio político de la izquierda moderada, en alternativa al PSOE estigmatizado en cuanto partido «españolista». ESB no fue el único competidor nacionalista a la izquierda del PSOE, pero en todo caso el mantenimiento de la sigla histórica, como quería la facción vizcaína más tradicionalista, parecía insostenible en aquel contexto. Tampoco la denominación de Partido Socialista Obrero de Euskadi, habría quedado inalterada en PSOE, dando la medida del cambio que estaba ocasionándose. La elección recayó por tanto sobre la combinación Partido Socialista de Euskadi (PSE-PSOE), la única opción compatible con el imaginario político de

la época que no ponía en duda sus lazos con la historia y con el partido nacional.²⁶ Por otra parte, según Maturana el debate sobre la sigla ya fue una rendición de cuentas entre la federación vizcaína y guipuzcoana y una línea que atribuía transitoriamente cierta primacía a la cuestión nacional sobre la línea obrerista tradicional. La dirección «guipuzcoana» también se impuso en los órganos. Continuidad y renovación caracterizaron la composición de la Ejecutiva, que mezcló veteranos, obreros, sindicalistas, simbolizando la continuidad con la historia anterior y una joven generación de profesionales capaz de adecuarse a la nueva realidad. Fue elegido presidente del partido un veterano como Iglesias, bilbaíno, con 61 años y representante socialista en el Gobierno Vasco en el exterior. Benegas, abogado guipuzcoano de veintiocho años, fue elegido secretario general. Se constituyó una comisión ejecutiva con 12 miembros y una edad media de 33 años: José Antonio Maturana, abogado de San Sebastián, también él de 28 años; José Andrés Paúl Tejedor, obrero de 34 años, de Santurce; José Antonio Saracíbar, vizcaíno, ejecutivo de la UGT, de 36 años; Julio Mato, obrero guipuzcoano, de 27 años, Enrique Iparraguirre, abogado guipuzcoano, de 31 años; Ulises Ruiz Ferrándiz, médico bilbaíno, de 44 años; José Luis Cámara, bancario, de 36 años; Luis Alberto Aguiriano, economista de Vitoria, de 37 años; José Aureliano Recio Arias, de la federación vizcaína, abogado en derecho laboral, de 25 años; Enrique Casas, donostiarra, de 34 años; Juan José Goñi Resano, fisioterapeuta pamplonense, de 40 años.²⁷ Las ponencias aprobadas recobraron algunos postulados en boga en aquella fase como la referencia al principio de autodeterminación, después rápidamente abandonado, con una adhesión radical a sugerencias tradicionalmente propias del nacionalismo vasco. El enredo entre cuestión social y cuestión vasca, los análisis históricos, las referencias a la opresión de las oligarquías capitalistas, fueron las ideas-fuerza de un discurso político del que se hizo portador el nuevo liderazgo, decidido también a medirse

con el nacionalismo sobre la cuestión territorial e identitaria, evitando después de décadas de dictadura una peligrosa identificación con el centralismo.

De todas formas, más allá de las resoluciones, los objetivos más inmediatos y concretos fueron la autonomía, el federalismo, la identidad vasca del partido y la integración de Navarra. Los principales puntos programáticos que caracterizarían la campaña electoral para las elecciones políticas de junio de 1977 se habrían mantenido sustancialmente inalterados hasta 1979. El clima de grave tensión y violencia en las calles²⁸ influyó fuertemente en una campaña electoral en la que las llamadas a la moderación se unieron a las duras condenas del gobierno de Adolfo Suárez, acusado de «no dar soluciones a las justas exigencias de libertad y amnistía total reclamadas por el pueblo vasco» y por tanto de poner en riesgo el proceso democrático, amenazado, además, por el empleo indiscriminado de la fuerza por parte de las Fuerzas de Orden Público y por la acción violenta de minorías radicalizadas.²⁹ Por otra parte, la cúpula del PSE estaba convencida, y así será hasta 1979, de la naturaleza «política» del problema terrorismo, y que solo la resolución de la «cuestión vasca» que habría solucionado la espiral de violencia en acto. En esta lógica frontista se decidió negociar con el PNV una candidatura común al Senado, el Frente Autonómico, y de cerrar un «compromiso autonómico» postelectoral, incluyendo también al PCE, que obligara a los diputados y senadores electos a representar al pueblo vasco para la elaboración de un proyecto de Estatuto de Autonomía, defender las libertades públicas y los derechos individuales, reivindicar elecciones administrativas inmediatas, solicitar medidas urgentes para afrontar la crisis económica y el paro y por último para favorecer el desarrollo de la lengua y la cultura vascas.³⁰ El intento también fue de evitar un acercamiento del PNV a las otras fuerzas nacionalistas en la perspectiva de una hipotética agrupación *abertzale* que empujara a los socialistas a una posición indeseada,

frustrando la obra de renovación identitaria de la nueva dirigencia.

Las elecciones democráticas de junio de 1977 dieron la razón a la dirigencia del PSE, que se impuso como segundo partido en las tres provincias vascas a poca distancia del Partido Nacionalista Vasco e incluso primer partido contando también Navarra. En el conjunto de las tres provincias, el PSE consiguió 267.897 votos (26,54%) que le permitieron conquistar 7 escaños sobre los 21 a disposición, con una abstención del 23%, a pesar de la invitación de la izquierda nacionalista cercana a ETA. Los resultados fueron positivos en las tres provincias: se consiguió el 25,35% en Vizcaya, con 3 escaños mientras el PNV, primer partido de la provincia, conquistó 4, con el 31%; en la provincia guipuzcoana se alcanzó el 28,13%, conquistando 3 escaños como el PNV, que, sin embargo, consiguió un porcentaje de votos superiores, el 31%; en Álava, el PSE obtuvo un escaño con el 27,63%, exactamente como el PNV, que solo consiguió el 17,51%. En efecto, en esta última provincia, la menos nacionalista de las tres, se impuso entonces el partido en el gobierno, la UCD, con el 30,9%.³¹

Los 7 diputados socialistas electos fueron: Redondo, Benegas y López Albizu, en Vizcaya; Múgica, Maturana y Corcuera, en Guipúzcoa y, por último, Aguiriano, en Álava. En Navarra, Urralburu y García Pérez fueron elegidos con el 21% y unos millares de votos más que el PNV. En el Senado, el Frente Autonómico consiguió un buen resultado: 9 senadores frente a los 2 de la UCD y 1 de la formación nacionalista de izquierda, Euskadiko Ezkerra. Fueron elegidos Rubial, con 291.790 votos en Vizcaya; Iparraguirre en Guipúzcoa y Aguiriano en Álava.

El clima violento de esos meses no influyó en el electorado vasco, que apostó por el proceso de Transición y por la elaboración de un Estatuto de Autonomía, privilegiando la oferta política radical, PNV y PSE, y relegando transitoriamente al margen a la izquierda nacionalista, a pesar de que EE eligiese un diputado, Francisco Letamen-

día y un senador, Juan María Bandrés. Las fuerzas autonomistas, incluyendo en este caso también EE, eligieron 18 delegados y 11 senadores, incluso Navarra, confirmando un cuadro, que a pesar de las peculiaridades, reflejó el nacional.

Por lo que respecta al análisis del voto socialista, resultó evidente ante todo una cierta continuidad con el pasado y un buen arraigo en los mayores centros industriales. En la provincia de Guipúzcoa, el PSE tuvo un resultado imprevisto y superior a las expectativas, afirmándose sobre el PNV en muchos centros industriales: en Andoain, con el 33,75%; en Hernani, con el 41,52%; en Irún, con el 41,2%; en Pasajes con el 34,83%; en Rentería con el 43,57%; en San Sebastián, con el 27,38%; en Urnieta con el 48,68%; en Eibar con el 36,85%; en Villareal de Urrechua, con el 36%, y en Zumárraga con el 40,13%. Se registraron óptimos resultados en el área territorial de San Sebastián con un 30% y en el distrito de Bidasoa con un 37,82%. Resultados más modestos, pero no negativos, se obtuvieron en las áreas interiores con mayor tradición nacionalista: en el distrito del Deba Urola y en el de Oria, donde se alcanzó respectivamente el 22,25%, el PNV el 43%, y el 22,61%, el PNV el 35,1%.

En Vizcaya, el largo paréntesis franquista no erosionó aquellos asentamientos obreros tradicionales, en los que la organización se mantuvo en todo caso en vida, incluso de manera testimonial. En el área de Las Encartaciones el PSE consiguió el 36% de los votos; en el área territorial de Bilbao el PSE consiguió el 23,27%; mientras en el más difícil distrito costero de Busturia-Urbe se consiguió un modesto 10,48%. La presencia socialista fue indudablemente más relevante en los centros urbanos, en particular en la margen izquierda del Nervión y en las áreas industriales y mineras: en Echévarri, con el 36,43%; en Baracaldo con el 35,72%; en Lejona, con el 30,56%; en Sestao, con el 41,33%; en San El Salvador del Valle, Valle de Trápaga, con el 36,22%; en Portugalete, con el 41,46%; en Santurce-Ortuella, con el 39,15%; en Santurce-Antiguo, con el 39,68%; en Abanto y Ciérvana, con

el 32,57%; en Valmaseda, con el 39,80%; en Ermua, con el 34,5%; en Basauri, con el 40,96%. En la provincia alavesa, las fortalezas fueron Vitoria, con el 31,23% de los votos, y La Rioja alavesa, mientras en Navarra los mejores resultados se registraron en la zona sur de la región y en la capital. Según el estudio de Francisco José Llera Ramo, el electorado socialista generalmente fue obrero, 54% de origen inmigrante, 60% con estudios primarios, 65%, y solo se demostró en parte interesado al mundo de las asociaciones, 41%, y el euskera, 50%. Por fin emergió la escasa

presencia de los profesionales y del empresariado, solo un 9%. Una parte del electorado probablemente poco atraída por un mensaje político de corte radical y por la tradicional identidad obrera, y todo esto a pesar de un liderazgo de profesionales.³²

El éxito electoral reforzó a la dirigencia socialista, achicó aquellas voces disonantes presentes en particular en el sindicalismo bilbaíno³³ y confirmó una línea política que apostó fuerte por la solución política del contencioso vasco y por el papel del PSOE como partido nacional

PARTIDO	ELECCIONES GENERALES 1977	ELECCIONES GENERALES 1979	ELECCIONES FORALES 1979	ELECCIONES AUTONÓMICAS 1980
PNV	29,34	27,6	37,97	38,10
PSE-PSOE	26,5	19,1	15,34	14,21
HB	-	15,02	20,48	16,55
UCD	12,84	16,92	8,12	8,52
EE	6,08	8,04	7,71	9,82
PCE	4,55	4,61	4,67	4,02
AP	4,44	-	-	4,77
Abstención	23,6	34,1	38,6	40,23

MUNICIPIOS	PROVINCIA	ELECCIONES GENERALES 1977	ELECCIONES GENERALES 1979	ELECCIONES MUNICIPALES 1979	ELECCIONES AUTONÓMICAS 1980
Bilbao	Vizcaya	23,27	17,89	13,96	13,71
Baracaldo		35,72	27,52	21,32	22,25
Sestao		41,33	31,12	37,30	28,31
Valmaseda		39,80	28,12	33,76	28,4
Basauri		40,96	23,93	25,12	20,23
Portugalete		41,46	29,46	31,73	26,16
Santurce		39,68	28,64	23,12	22,57
Ermua		34,5	30,36	29,61	31,42
Ortuella		39,15	32,30	30,10	28,93
San Salvador del Valle-Valle de Trápaga		36,22	28,79	31,63	24,80

San Sebastián	Guipúzcoa	27,38	16,83	15,85	13,61
Urnieta		48,68	34,74	36,04	30,87
Eibar		36,85	24,04	25,68	22,22
Hernani		41,52	25,17	22,45	19,25
Renteria		43,57	28,3	26,05	22,42
Pasajes		34,83	20,91	18,31	13,39
Irún		41,2	28,44	28,83	25,05
Zumárraga		40,13	27,05	26,26	20,14
Vitoria	Alava	31,23	23,12	18,51	15,55
Llodio		29,31	23,38	12,36	15,36

Datos en porcentaje sobre los votos, obtenidos del Archivo electoral del Gobierno Vasco en Andrea Micciché, *Euskadi Socialista*, cit.

capaz de asumir una identidad regional, pseudo-nacionalista. Benegas asumió un papel central en las negociaciones con el Gobierno central que llevaron a la constitución del Consejo General Vasco (CGV), el organismo pre-autonómico que anticipó el cumplimiento del proceso constitucional. Después de una competición también áspera con el PNV sobre la presidencia del organismo, el PSE logró elegir a Rubial, con el voto decisivo de la UCD, también consiguiendo las consejerías de interior, de cultura, de justicia y de trabajo, atribuidas respectivamente a Benegas, Maturana, Aguiriano e Iglesias.³⁴ La decisión agrió las relaciones con el PNV, rompiendo aquel clima de acuerdo que hasta entonces se había mantenido. Una elección juzgada negativamente por el mismo González,³⁵ que tuvo el objetivo de capitalizar el resultado electoral y de consolidar el PSE como protagonista del proceso autonómico vasco. Esta clase dirigente se propuso para allanar el contencioso vasco, buscando un cuadro de valores compartidos que armonizaran autogobierno y Constitución Española en un cuadro identitario pluralista. Un programa algo ambicioso que impuso una consolidación organizativa y la institución de grupos de trabajo en apoyo a los miembros del CGV y al presidente Rubial, que debía convertirse en

«la expresión pública más importante de la acción política del PSE».³⁶

La consolidación organizativa del partido, en función del nuevo papel buscado en el proceso de democratización vasco, fue al centro del congreso extraordinario que tuvo lugar el 25 y el 26 febrero de 1978. Abandonadas las sugerencias nacionalistas los dirigentes socialistas se concentraron en la dirección de políticas para la elaboración del Estatuto de Autonomía y en la reorganización del partido en función del nuevo papel asumido. Se confirmó una idea de autonomía en la que se pudieran armonizar la solidaridad, los principios constitucionales y el derecho vasco al autogobierno. Una armonización que la elaboración de la Constitución estaba revelando ardua y que habría llevado en los meses siguientes a la clamorosa decisión del nacionalismo vasco del PNV de abstenerse en el momento de la aprobación de la Constitución. Desde el punto de vista organizativo se decidió reforzar la comisión ejecutiva con la entrada de personalidades como Carlos Solchaga y Ricardo García Damborenea, a las que se sumaron: el guipuzcoano José Ramón Agote; los vizcaínos Fermín López, Antonio Hernández, el alavés José Antonio Aguiriano; los navarros Gabriel Urral-

buru y Javier Lora.³⁷ Se dio continuación a un debate encaminado en el seno de la comisión ejecutiva, que había ya subrayado las faltas organizativas, la ausencia de cuadros, las dificultades para atraer a la militancia joven, la fractura entre dirección y cuerpo del partido, sobre todo en algunas realidades como Eibar o Bilbao.³⁸ Todos síntomas de una peligrosa inadecuación organizativa del PSE con respecto al protagonismo asumido en el Consejo General Vasco, en una fase política caracterizada por el proceso constituyente, por la violencia política de ETA, y por la de las Fuerzas de Orden Público, que radicalizaron ya duramente una sociedad muy golpeada. En esta óptica, en el curso de 1978, Casas encaminó un trabajo de reconocimiento de las condiciones de la organización en las distintas provincias. Álava y Navarra resultaron las realidades más problemáticas, con organizaciones casi completamente circunscritas a las capitales. En Guipúzcoa fueron creadas nuevas agrupaciones en Lezcano y en Legazpia, Oñate, Villafranca y Siga, y lo mismo se hizo en Vizcaya, en Ondárroa, Guernica, Bermeo y Durango. En estas provincias muchas áreas se confirmaron realmente impenetrables, pero prevaleció cierto optimismo sobre lo que Damborenea definiría una expansión gradual pero constante.³⁹

Derrotas electorales y evolución del socialismo vasco

Las elecciones políticas y municipales de 1979 hicieron evidente la debilidad organizativa del PSE, agravada por la incapacidad de sus dirigentes de interpretar una sociedad golpeada por la violencia y condicionada por un nacionalismo que asumió posiciones de neta contraposición al Gobierno de Madrid.⁴⁰ En estos meses, maduraron los cambios en la línea política sobre la cuestión de la integración de Navarra en la futura comunidad vasca —adelantada a un momento siguiente y en ausencia de violencia— y se agudizaron unas relaciones con el nacionalismo ya agravadas por la oposición del PNV a la Constitución y por la indisponibilidad al diálogo

de la izquierda abertzale. Sin embargo, las correcciones de ruta y la moderación del discurso político, sobre todo en relación al peculiar contexto vasco, estuvieron en línea con una transformación del socialismo español que empezó a proponerse como fuerza de gobierno. En Euskadi, en particular, se propuso como fuerza de ámbito vasca alternativa al nacionalismo capaz de solucionar los problemas del terrorismo, del paro y de continuar con éxito la estructuración del Estado de las Autonomías. Las cosas fueron de otra manera.

El 1 de marzo de 1979 en el conjunto de las tres provincias de la futura Comunidad Autónoma Vasca el PSE consiguió 190 mil votos (19,1%) que le valieron cinco escaños, es decir dos menos con respecto a 1977. En Vizcaya se perdieron 35.000 votos, registrándose un modesto 18,6%, respecto al 26,3% de las anteriores elecciones y siendo elegidos Redondo y Benegas. En Guipúzcoa se pasó del 28% al 18% perdiendo 33.000 votos y eligiendo a Múgica y Maturana. En Álava Aguiriano fue confirmado, pero el PSE pasó del 26% al 21%. En Navarra, Urralburu fue reelegido, pero se perdió un escaño, a pesar de confirmar en términos porcentuales el resultado de 1977 del 21%. Dos senadores fueron elegidos: Rubial, en Vizcaya y Arbeloa, en Navarra, perdiendo en el conjunto dos. La *débâcle* se registró en numerosos bastiones. Se perdió el 7% en el distrito de Las Encartaciones, el 5% en el área de Bilbao, el 6% en el distrito de Durango, el 11,36% en San Sebastián, el 13% en el distrito de Bidasoa, el 8% en el distrito de Oria y el 8,1% en Vitoria. Una tendencia que se confirmó algunas semanas después con ocasión de las elecciones municipales y de juntas forales. En las tres provincias, el PSE registró un 15,34%, otro 3,76% menos con respecto al mes anterior y un 11,16% respecto a 1977, convirtiéndose en el tercer partido detrás de la formación nacionalista radical Herri Batasuna. En una ciudad importante como Bilbao hubo un retroceso de un 4% con respecto al mes anterior y un 9,3% con respecto a 1977. En San Sebastián, los socialis-

tas resistieron, pero situándose detrás de PNV y HB. En Vitoria se consiguió un 18,51%, bien lejos del 31,23% de dos años antes. Lo mismo ocurrió en las fortalezas socialistas, aunque en muchas realidades los acuerdos postelectorales con una fuerza nacionalista como EE permitieron elegir alcaldes socialistas: por ejemplo en Sestao, Ortuella, Portugalete, San Salvador del Valle, Ermua, Urnieta.

En las primeras declaraciones públicas, la dirigencia socialista atribuyó el resultado a la incapacidad del Gobierno nacional para afrontar la cuestión vasca y la crisis económica, haciendo recaer la culpa de esta inercia sobre el CGV, que en realidad no tenía atribuciones ni recursos para desarrollar su acción de gobierno. Factores que alimentaron la abstención, radicalizaron la opinión pública y premiaron a aquellas formaciones que principalmente obstaculizaron el proceso constituyente y la acción del Gobierno nacional.⁴¹ Incluso, como ha confirmado Juan Linz, el voto socialista se dispersó siguiendo numerosos riachuelos, no dirigiéndose hacia una opción bien precisa.⁴² Así, en el debate interior del partido en aquellas semanas se imprimió una dura autocrítica. Según Benegas el intento socialista de evitar una grieta de la sociedad vasca en dos comunidades contrapuestas, y que motivó la elección de presidir el CGV, fue un fracaso.⁴³ La renovación identitaria del socialismo vasco no convenció a la parte de electorado menos sensible a la cuestión vasca, acabando por desorientarla, sin atraer el sector de la sociedad que se fijó en el radicalismo nacionalista como medio más fiable para marcar una neta ruptura con el pasado.⁴⁴

La derrota reforzó las dudas sobre la fuerza organizativa del partido, sobre su escaso atractivo para el electorado joven y sobre la pobreza de medios económicos. Todo esto agravado por una cierta superficialidad en considerar como consolidado el voto propio. El socialismo vasco como el español en general, quedó en un limbo, con una identidad todavía incierta. Las consecuencias fueron más imprevisibles en las tres

provincias vascas, demostrando aún más la complejidad de la situación política local. González explotó la ocasión para empujar al PSOE hacia un giro moderado, con el abandono del marxismo, un paso simbólico, y doloroso para una parte del partido, pero útil para definir el espacio político de un sujeto de masa, interclasista que se propuso para gobernar el país.⁴⁵ Las cosas fueron mucho más difíciles en Euskadi, donde una clase dirigente se impuso gracias a su mayor sensibilidad a la cuestión vasca, identificándose con un proyecto de renovación organizativa e identitaria en clave «vasquista», que después de 1979 pareció menos exitosa de lo esperado. En esta situación caótica y de desconfianza sufrida particularmente por Benegas, y por una parte de la comisión ejecutiva, se despertaron las disidencias interiores, además del debate sobre la preeminencia de la cuestión nacional sobre la social.

El II Congreso del PSE se inauguró en Bilbao el 15 de noviembre con la participación de 400 delegados en representación de 77 secciones locales. La conferencia de Benegas reconstruyó el trabajo desarrollado por la comisión ejecutiva reivindicando las decisiones asumidas, pero también analizando las debilidades estratégicas y organizativas que impidieron al partido confirmar los óptimos resultados de 1977. Si los objetivos de lucha de «clase» fueron subordinados a la cuestión nacional, sostuvo Benegas, eso también ocurrió a causa de las difíciles relaciones con la UGT, impidiendo al partido penetrar y movilizar el mundo del trabajo. En la conferencia del Secretario no se abandonó una visión del socialismo que fuera una síntesis eficaz entre «vasquismo» y lucha de clase, pero se subrayó la necesidad de proponerse claramente como alternativa al nacionalismo. Una posición que agrió un congreso caracterizado por numerosas tensiones. Una de ellas tocó al liderazgo del partido y la corriente sindical liderada por Jaime San Sebastián, secretario de UGT, que ya antes del congreso había desembocado en la expulsión de unos cincuenta sindicalistas socialistas, culpables de haber desatendido las directrices

de voto para la elección de algunos comités de empresa⁴⁶. En el centro del conflicto estaba el tema de la autonomía sindical, la necesidad del partido de estar presente en los centros de trabajo y la dirección «guipuzcoana» del partido, demasiado sensible a los problemas identitarios y nacionales, que había condicionado negativamente el activismo electoral del sindicato en el curso de 1979.

Contra el sindicato también se sumó la figura emergente del PSE vizcaíno, Damborenea, que ya el 3 de noviembre acusó a los sindicalistas de escasa fidelidad a la línea del partido y de tibia movilización en ocasión de las citas electorales. Pero el joven dirigente bilbaíno también fue el representante de la corriente obrerista del socialismo vasco, hostil a la dirección y duramente contrapuesta al responsable de la organización, Enrique Casas.⁴⁷ Las fracturas fueron varias y transversales y mezclaron cuestiones políticas, personales y organizativas agravadas por la difícil situación del partido en Euskadi. La composición de los órganos se presentó por tanto compleja, a pesar de la aprobación de la gestión de la comisión ejecutiva y la previsible confirmación de Benegas e Iglesias a la secretaría general y a la presidencia del partido. Fueron presentadas, en efecto, tres listas de candidatos para la nueva comisión ejecutiva, haciendo necesaria una mediación que garantizara cierta continuidad, incluso acogiendo algunos de las instancias procedentes de los sectores críticos. Finalmente quedaron fuera San Sebastián, Casas y García Damborenea, los protagonistas principales de las tensiones de aquellos días y tampoco fue incluido Antón Hernández Zubizarreta, uno de los principales exponentes de la línea «vasquista», a pesar de que el documento final incluyera muchas de sus posiciones, como la definición del PSE como «partido de ámbito nacional vasco».⁴⁸

La necesidad de reforzar la presencia socialista en el mundo del trabajo, uno de los temas fundamentales del congreso, impuso, sin embargo, la inserción de tres ejecutivos procedentes de la UGT y la creación de una secretaría para

las políticas sindicales atribuida a Antón Saracibar, demostrando un equilibrio todavía frágil con aquella organización. José Antonio Maturana fue confirmado en la secretaría política; Antonio Aguirre, en la organizativa; Juan Manuel Eguigaray, en la elaboración de los programas; Jesús Eguiguren, en la de cultura; Alberto Castro, en la de propaganda; Enrique Manero, en la de formación; Ana Miranda, en la de prensa; Ana Araiz, en la de administración local. Otros consejeros fueron Carlos Solchaga, Eneko Landaburu, José Antonio Aguiriano, José Luis Aguiriano, Alberto Pérez, Jesús Aranda y Joseba Paternain. La composición del organismo dirigente del partido mantuvo inalterado el liderazgo, pero buscando al mismo tiempo reconstruir la relación con el mundo del trabajo, y de compensar el sector ortodoxo y antinacionalista por el alejamiento de Damborenea, que representaba principalmente esta dirección.

Una reflexión final

El II Congreso del PSE-PSOE no cambió los equilibrios internos y no contradujo una línea política que, como entre 1976-77, seguía suponiendo una armonización entre cuestión nacional y de clase, pero esta vez destacando más la identidad obrerista propia del socialismo vasco. Hubo cambios sobre la cuestión de la integración de Navarra o sobre la relación con ETA, ya considerada una organización terrorista incompatible con un régimen democrático, pero sin que estos cambios modificaran las referencias ideológicas que habían legitimado a la joven clase dirigente vasca. Quedó inalterado el proyecto de un «partido puente» que acogiera algunas de las instancias identitarias y de autogobierno del nacionalismo vasco, pero proponiéndose como alternativa a este en una lógica pluralista respetuosa de los muchas realidades culturales y sociales existentes en Euskadi. La línea radical del primer congreso, probablemente necesaria en la competición electoral de aquella fase, estuvo condicionada por la caótica presencia de nume-

rosos sujetos políticos y sociales de izquierda. Pero el proceso de reorientación del socialismo no fue un hecho solamente vasco, fue, sin embargo, la traducción local de una transformación total del socialismo español, que tuvo aquí formas y contenidos peculiares.

Por otra parte, el liderazgo socialista no padeció problemas graves, a pesar de una corriente guipuzcoana dirigiendo el partido con retrocesos electorales, turbulencias internas y tensiones con la UGT. Probablemente eso ocurrió, porque esta clase política tuvo una estrategia adecuada en la complejidad creciente de la situación vasca. La escalada de violencia con 251 víctimas de ETA entre 1977 y 1980 (12 en 1977, 65 en 1978, 78 en 1979 y 96 en 1980), la oposición del nacionalismo vasco a la Constitución, las acciones indiscriminadas de las Fuerzas de Orden Público y de las formaciones paramilitares de extrema derecha, (el Batallón Vasco-Español o la Triple A que entre 1978 y el 1981 mataron 33 personas pertenecientes al mundo abertzale o a ETA), siguieron poniendo la cuestión vasca como eje central del debate político.

El PSE-PSOE, con su viraje «vasquista», fue la respuesta de aquella clase política emergente a aquella complejidad, y de algún modo siguió también siéndolo después del II Congreso. Por otra parte, la clase política que condujo aquel proceso de reorganización encontró la misma legitimidad precisamente siendo portadora de aquella visión estratégica, de manera análoga a lo que ocurrió a nivel nacional con líderes como González y Guerra. En otras palabras, personajes como Benegas, Maturana o Jauregui lograron imponer su línea, y por lo tanto su liderazgo a un partido en el que faltaron oposiciones portadoras de visiones políticas alternativas y adecuadas a un contexto social como el vasco, caracterizado por un proceso de nacionalización aparentemente imparable. A pesar de la ulterior derrota de las elecciones autonómicas de 1980, aquella estrategia se consolidó, manteniéndose durante años porque era necesaria para dar una identidad local a un partido nacional y de

gobierno. Una identidad autonómica, sin embargo, que permitió al socialismo vasco oscilar periódicamente de posiciones de dura contraposición, a fases de alianza con el nacionalismo, moldeándose con el turbulento contexto político vasco y con las análogas ondulaciones del nacionalismo. Esta línea oscilante e identitaria fue el producto de aquella fase política y de una clase política que, en definitiva, se afirmó por ser portadora de aquellos valores, manteniéndose en la cúpula del partido por muchos años.

NOTAS

- ¹ Traducido por Alina Navas Hermosilla.
- ² BLOCH Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, México, Fondo de Cultura Económica de España, 1996.
- ³ Véase, FUSI, Juan Pablo, *El País vasco. Pluralismo y nacionalidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1984; MIRALLES, Ricardo, *El Socialismo vasco durante la II república: organización, ideología, política y elecciones, (1931-1936)*, Lejona, Universidad del País Vasco, 1988; Sobre Indalecio Prieto, DE LA GRANJA, José Luis, (coord.), *Indalecio Prieto. Socialismo, democracia y autonomía*, Madrid, Biblioteca Nueva, Madrid; MATEOS, Abdón (ed.), *Indalecio Prieto y la política española*, Madrid, Pablo Iglesias, 2008.
- ⁴ MICCICHÉ, Andrea, *Euskadi Socialista, El PSE-PSOE y la Transición en el País Vasco*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 2009; LÓPEZ, Raúl; LOSADA, María; CARNICERO, Carlos, *Rojo esperanza. Los socialistas vascos contra el franquismo*, Vitoria, Ikusager Ediciones, 2013; AROCA MOHEDANO, Manuela, *El sindicalismo socialista en Euskadi. De la militancia a la reconversión industrial*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2013.
- ⁵ Véase MATEOS, Abdón, *El PSOE contra Franco: continuidad y ruptura en el socialismo español, 1953-1973*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1993; MICCICHÉ, Andrea, «Radicalismo y nueva imagen del socialismo en los años setenta: el caso vasco», *Historia del Presente*, n.º 19, 1/2012, pp. 9-23.
- ⁶ Sobre el «monumento» Rubial, véase BENEGAS José María, *Ramón Rubial: reflexiones*, Madrid, Espejo de Tinta, 2011.
- ⁷ Sobre Nicolás Redondo: GARCÍA SANTESMASES, Antonio, *Historia, memoria y futuro. Nicolás Redondo*, Madrid, Fundación Largo Caballero, 2007. Sobre la historia del socialismo, entre todos: GILLESPIE, Richard, *Historia del PSOE*, Madrid, Alianza, 1991; GARCÍA SANTESMASES, Antonio, *Repensar la izquierda, evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Barcelona, Anthropos,

- 1993; MATEOS, Abdón, *Las izquierdas españolas desde la Guerra Civil hasta 1982: organizaciones socialistas, culturas políticas y movimientos sociales*, Madrid, UNED, 1997; JULIA DÍAZ, Santos, *Los socialistas en la política española*, Madrid, Taurus, 1997.
- ⁸ Véase LÓPEZ, Raúl; LOSADA, María; CARNICERO, Carlos, ob. cit.
- ⁹ Véase AROCA MOHEDANO, Manuela, ob. cit.
- ¹⁰ Rodolfo Llopis fue secretario general del PSOE en el exilio durante el franquismo.
- ¹¹ Véase GUERRA, Alfonso, *Cuando el tiempo nos alcanza. Memorias. (1940-1982)*, Madrid, Espasa Calpe, 2007; FEO, Julio, *Aquellos años*, Barcelona, Ediciones B, 1993.
- ¹² AA.VV., *Socialismo es libertad. Escuela de verano 1976*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976.
- ¹³ SOLE TURÁ, Jordi, *Nacionalidades y nacionalismos en España. Autonomías, federalismos y autodeterminación*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- ¹⁴ Resoluciones circulares n.º 3, diciembre 1976, Archivo de la Fundación Pablo Iglesias (AFPI), FC 365, p. 15.
- ¹⁵ LÓPEZ, Raúl; LOSADA, María; CARNICERO, Carlos, ob. cit., p. 179.
- ¹⁶ Enrique Múgica fue un importante líder del socialismo español, diputado y ministro de Justicia, véase: MÚGICA, Enrique, *Itinerario hacia la libertad*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986; AROCA MOHEDANO, Manuela, ob. cit., p. 88.
- ¹⁷ BENEGAS José María, *Euskadi: sin la paz, nada es posible*, Barcelona, Argos Vergara, 1984, p. 47; entrevista a José Antonio Maturana, 3-6-2005.
- ¹⁸ RIVERA, Antonio, «La Transición en el País Vasco: un caso particular», en UGARTE Javier (ed.), *La Transición en el País Vasco y España*, Bilbao, UPV, 1998, p. 86.
- ¹⁹ En Vitoria, la policía disparó a los huelguistas que ocupaban la iglesia de San Francisco y mató a 5 personas.
- ²⁰ LLERA RAMO, Francisco José, *Postfranquismo y fuerzas políticas en Euskadi*, Universidad del País Vasco, 1986.
- ²¹ LLERA RAMO, Francisco José, «Violencia y opinión pública en el País Vasco, 1978-1992», *Revista Internacional de Sociología*, tercera época, n.º 3, p. 90.
- ²² GARCÍA FERRANDO, Manuel, *Regionalismos y autonomías en España. 1976-1979*, CIS, Madrid, 1982, p. 397.
- ²³ MICCICHÉ, Andrea, «Nazionalismo ed immigrazione: il caso basco», *Il Ponte*, n.º 5-6, mayo 2012.
- ²⁴ Entrevista a José Antonio Maturana, del 3 de junio de 2005; EGUIGUREN, Jesús, *El socialismo y la izquierda vasca. 1886-1994*, Madrid, Pablo Iglesias, 1994, pp. 27-34.
- ²⁵ Por ejemplo, Txiki Benegas procedía de una familia nacionalista, BENEGAS José María, *Euskadi: sin la paz, nada es posible*, ob. cit., pp. 17-29.
- ²⁶ Entrevista a José Antonio Maturana, del 2 de junio de 2005. Saracibar y Benegas describen un congreso con duros enfrentamientos entre las dos federaciones. Entrevista a Saracibar, del 22 de junio de 2005; Entrevista a Benegas, del 22 de febrero de 2005.
- ²⁷ BENEGAS, José María, PSE-PSOE, San Sebastián, Haranburu, 1978, pp. 97-102.
- ²⁸ Dos etarras fueron asesinados en Itxaso, y luego un guardia civil en Mondragón. Después de 24 horas, la policía mató a un hombre de veinte años durante una manifestación. «Mueren dos miembros de ETA en un enfrentamiento con la Guardia Civil», ABC, del 9 de marzo de 1977; «Violencia en Euskadi», *El País*, 15 de marzo de 1977.
- ²⁹ Declaración de Enrique Múgica, José María Benegas, Fernando Múgica, José Antonio Maturana, Enrique Casas, «Escritos de diversos partidos a la opinión pública», *El Diario Vasco*, del 15 de marzo de 1977.
- ³⁰ «Compromiso autonómico suscrito por el PNV, PSOE y ESEI», *El Diario Vasco* del 11 de mayo de 1977.
- ³¹ Archivo Electoral del Gobierno Vasco.
- ³² LLERA RAMO, Francisco José, *Postfranquismo y fuerzas políticas en Euskadi*, ob. cit., pp. 537-542.
- ³³ AROCA MOHEDANO Manuela, ob. cit., p. 279.
- ³⁴ «Ramón Rubial, presidente del Consejo General Vasco», *El País*, 18 de febrero de 1978.
- ³⁵ BENEGAS, José María, *Sin pas nada es posible*, ob. cit., p. 82.
- ³⁶ *Declaraciones del Comité Nacional del PSE, en su reunión celebrada en Ermua (Vizcaya) del 3 marzo 1978*, Archivo Personal de José Antonio Maturana (APM).
- ³⁷ *Acta de la reunión celebrada el día 3 de marzo de 1978 por el Comité Ejecutivo del PSOE, APM.*
- ³⁸ *Acta de la reunión celebrada el día 7 de enero de 1978 por el Comité Ejecutivo del PSOE, APM.*
- ³⁹ *Acta de la reunión celebrada el día 17 (?) de marzo de 1978 por el Comité Ejecutivo del PSOE, APM. Acta de la reunión celebrada el día 23 de marzo de 1978 por el Comité Ejecutivo del PSOE, APM.*
- ⁴⁰ MICCICHÉ, Andrea, *Euskadi Socialista*, ob. cit., pp. 143-173.
- ⁴¹ «La abstención benefició a los nacionalistas», *El Socialista*, 15 de abril de 1979.
- ⁴² LINZ, Juan, *Conflicto en Euskadi*, ob. cit., pp. 337-338.
- ⁴³ Acta de la reunión extraordinaria del Comité Nacional del PSE PSOE, celebrada en Vitoria el día 7 de abril de 1979, APM.
- ⁴⁴ Véase también FUSI, Juan Pablo, *Pluralismo y nacionalidad*, ob. cit., pp. 85-86.
- ⁴⁵ «Debate abierto en el PSOE por la cuestión del marxismo», *El País*, 11 de mayo de 1978.
- ⁴⁶ *Memoria de Gestión presentada por el Comité Ejecutivo de Euskadi*, FPA, FA 1385.
- ⁴⁷ *Acta de la reunión ordinaria del Comité Nacional del Partido Socialista de Euskadi (PSOE), celebrada en Eibar el día 3 de noviembre de 1979, APM*; «Los socialistas vascos se enfrentan a un congreso conflictivo», *El Correo Español*, 16 de noviembre de 1979.
- ⁴⁸ «Txiki Benegas, reelegido secretario general del Partido Socialista de Euskadi», *El País*, 20 de noviembre de 1979.

